

Ben Mezrich

El alucinante relato de cómo los gemelos
que demandaron a Mark Zuckerberg por robarles
la idea de Facebook invirtieron el dinero en bitcoins
y amasaron una fortuna



LOS MULTIMILLONARIOS DEL **BITCOIN**

UNA HISTORIA DE **DINERO,**
TRAICIÓN Y REDENCIÓN

Ben Mezrich

Los multimillonarios del bitcoin

Una historia de dinero,
traición y redención

Traducción de Mercedes Vaquero Granados



Título original: *Bitcoin Billionaires*

Publicado por Flatiron Books

© Ben Mezrich, 2019

© de la traducción: Mercedes Vaquero, 2019

© Editorial Planeta, 2019

© de esta edición: Centro de Libros PAFP, SLU.

Alenta es un sello editorial de Centro de Libros PAFP, SLU.

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-17568-76-4

Depósito legal: B. 15.807-2019

Primera edición: septiembre de 2019

Preimpresión: Realización Planeta

Impreso por Artes Gráficas Huertas, S.A.

Impreso en España - *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

ÍNDICE

Nota del autor	11
PRIMER ACTO.....	15
1. EN LA JAULA DEL TIGRE	17
2. MUERTOS EN EL AGUA	33
3. BIENES DAÑADOS	56
4. EN EL PRINCIPIO EXISTÍA LA ESPUMA.....	69
5. EL SÓTANO	75
6. ENCONTRAR EL AMOR EN UN LUGAR SIN ESPERANZA	83
7. 30 DE AGOSTO DE 2012.....	92
8. CHARLIE	117
9. STEPFORD, CONNECTICUT.....	125
10. MERCADO DE COMPRADORES	143
11. EL GOLPE A LA INVERSA.....	149
SEGUNDO ACTO.....	165
12. LA CHISPA	167

13. BAYFRONT PARK, CENTRO DE MIAMI	174
14. DE NUEVO EN LA CARRETERA	183
15. EN EL AIRE	198
16. EL REY DEL BITCOIN	211
17. A LA MAÑANA SIGUIENTE	220
18. LUCES DE NEÓN	228
19. A ESTE LADO DEL PARAÍSO.....	235
20. EL FRENTE UNIDO	244
21. DETRÁS DE LA PUERTA.....	252
22. BITCOIN 2013.....	265
23. LA POPULARIZACIÓN DEL BITCOIN.....	284
TERCER ACTO	297
24. LA HISTORIA DE UN PIRATA	299
25. EL DÍA DESPUÉS	305
26. LA CAÍDA	313
27. EN LA CIUDAD	328
28. HOMBRES DE HARVARD	335
29. EL DÍA DEL JUICIO FINAL.....	344
30. LANZAMIENTO	352
31. DE DUMAS A BALZAC.....	364
Epílogo	369
Agradecimientos	375
Bibliografía.....	377

1. EN LA JAULA DEL TIGRE

Veintidós de febrero de 2008.

Vigésimo tercer piso de una torre de oficinas en las afueras del Distrito Financiero de San Francisco.

El habitual edificio de vidrio, acero y hormigón dividido en cubos con el aire acondicionado demasiado alto, y muy bien iluminado. Paredes de color cáscara de huevo y alfombras de un beis industrial. Tubos fluorescentes que segmentan los techos en forma de tres en raya. Dispensadores de agua fría, mesas de conferencia con los bordes cromados, sillas ajustables de imitación piel.

Pasaba un poco de las tres de la tarde de un viernes, y Tyler Winklevoss permanecía de pie junto a un gran ventanal que daba a un alfiletero de edificios de oficinas similares y que perforaban la niebla del mediodía. Hacía todo lo posible por dar pequeños sorbos de agua filtrada de un vaso desechable fino como el papel sin derramar demasiada sobre su corbata. Después de tantos días, meses, maldita sea, años, la corbata apenas era necesaria. Cuanto más se prolongara ese calvario, más probable era que tarde o temprano se presentara a la siguiente interminable sesión con su chaqueta de remo olímpica.

Se las arregló para saborear un poco de agua antes de que el vaso se doblara hacia dentro entre sus dedos, riachuelos que no alcanzaron la corbata pero que empaparon la manga de su camisa de vestir. Arrojó el vaso en un cubo de basura situado bajo la ventana y se sacudió la muñeca húmeda.

—Otra cosa que añadir a la lista. Vasos de papel con forma de cono de helado. ¿A qué clase de sádico se le ocurre algo así?

—Tal vez al mismo tipo que inventó las luces. Estoy dos tonos más moreno desde que nos trasladaron a esta planta. Olvídate de los pozos de fuego, me apuesto lo que quieras a que el purgatorio está revestido de tubos fluorescentes.

El hermano de Tyler, Cameron, estaba estirado sobre dos de las sillas de falso cuero al otro lado de la habitación, sus largas piernas apoyadas en la esquina de una mesa de conferencias rectangular. Llevaba una americana, pero sin corbata. Uno de sus zapatos de piel del número cuarenta y ocho descansaba peligrosamente cerca de la pantalla del portátil abierto de Tyler, pero éste lo dejó pasar. Había sido un día muy largo.

Tyler sabía que el tedio era intencionado. La mediación era diferente a la litigación. Esta última se parecía más a una batalla campal, dos interlocutores tratando de abrirse camino hacia la victoria, lo que los matemáticos y economistas denominarían «juego de suma cero». Los procedimientos judiciales tenían altibajos, pero bajo la superficie se escondía una energía primaria; en el fondo, era la guerra. No obstante, la mediación era diferente. Cuando se llevaba a cabo de forma adecuada, no había ganadores ni perdedores, sólo dos partes que se comprometían a llegar a una resolución, que «dividían el bebé». La mediación no se parecía a la guerra. Era más como un largo viaje en autobús

que terminaba sólo cuando todo el mundo a bordo se cansaba lo bastante del paisaje para convenir un destino.

—Para ser exactos —dijo Tyler, volviendo junto a la ventana y al gris sobre gris de otra tarde del norte de California—, no somos nosotros los que estamos en el purgatorio.

Siempre que los abogados abandonaban la sala, Tyler y Cameron hacían todo lo posible para no pensar en el caso en sí mismo, lo que solían hacer al principio. Habían estado tan indignados y les había embargado tal sensación de traición que apenas podían pensar en otra cosa. Pero cuando las semanas se convirtieron en meses, decidieron que la ira no le hacía ningún bien a su cordura. Como les aseguraban sus abogados, tenían que confiar en el sistema. Así que, cuando se encontraban a solas, trataban de hablar de cualquier cosa excepto de lo que los había llevado hasta allí.

El hecho de que ahora tocaran el tema de la literatura medieval, en concreto la concepción de Dante de los muchos círculos del infierno, mostraba que la estrategia de evasión empezaba a agotarse; confiar en el sistema los había dejado atrapados en uno de los inventos del humanista. Aun así, les daba algo en lo que concentrarse. Durante su adolescencia en Connecticut, Tyler y Cameron se habían obsesionado con el latín. Como no había ningún curso de la asignatura en el último año de secundaria, pidieron al director de su instituto que les permitiera formar un Seminario de Latín Medieval con el sacerdote jesuita que era el director del programa de esta lengua. Juntos, los gemelos y el sacerdote tradujeron las *Confesiones* de San Agustín de Hipona y otras eruditas obras medievales. Aunque Dante no escribió su libro más famoso en latín, ambos también habían estudiado suficiente italiano para jugar al juego de actualizar el decorado en su infierno: dispensadores de agua fría, luces fluorescentes, pizarras blancas..., abogados.

—Técnicamente —dijo Tyler—, estamos en el limbo. Él es el que está en el purgatorio. Nosotros no hicimos nada malo.

Alguien llamó a la puerta de repente. Uno de sus abogados, Peter Calamari, entró primero. Sus entradas, cada vez más acusadas, enmarcaban una frente prominente y un mentón pequeño con papada. Llevaba la camisa estampada de palmeras de la marca Tommy Bahama mal metida en la cintura de un par de tejanos azules tan grandes para él que le hacían andar raro; a Tyler no le habría sorprendido que todavía tuvieran la etiqueta puesta. Peor aún, Calamari llevaba sandalias. Lo más probable es que las hubiera comprado en el mismo lugar que los pantalones.

Detrás de su abogado entró el mediador, Antonio «Tony» Piazza, que lucía una figura mucho más impresionante. Esbelto hasta el punto de tener el rostro demacrado, iba impecablemente vestido de traje y corbata. Llevaba el pelo entrecano bien cortado, las mejillas bronceadas. Piazza era conocido en los medios de comunicación como «el maestro de la mediación»: había resuelto con éxito más de cuatro mil complejas disputas, al parecer tenía memoria fotográfica y era experto en artes marciales y creía que su formación en aikido le había enseñado a canalizar la agresión hacia algo productivo. Piazza era infatigable. En teoría, era el conductor perfecto para este viaje al parecer interminable.

Antes incluso de que ambos abogados cerraran la puerta tras de sí, Cameron quitó los pies de la mesa.

—¿Ha aceptado?

Dirigió la pregunta a Piazza. En las últimas semanas, habían empezado a pensar en Calamari, socio de la siempre jactanciosa firma de abogados Quinn Emanuel, como en poco más que un mensajero entre el maestro de aikido y ellos. Si sus amplios vaqueros y sus sandalias eran un intento de conectar con la atmósfera de Silicon Valley, Ca-

meron creía que lo definían más como artificio que como abogado.

De hecho, ni siquiera debía estar allí. Calamari sustituía a Rick Werder Jr, el abogado principal de su caso, que en el último minuto no había podido representarlos porque había decidido ser el intermediario de una compañía en una acción de bancarrota de 2.000 millones de dólares. A pesar de que la suerte del caso de los gemelos descansaba sobre sus hombros, Werder no se había presentado a la mediación, el momento decisivo del proceso. Los gemelos entendieron que estaba ocupado persiguiendo lo que él creía que era el trato más grande y mejor.

Los hermanos Winklevoss habían contratado a la firma Quinn Emanuel en un intento de reforzar su equipo legal, ya que la proposición de pruebas estaba llegando a su fin y se acercaba el juicio. Fundado en 1986 por John B. Quinn, el bufete tenía la reputación de ser un litigante duro dedicado en exclusiva al litigio comercial y al arbitraje. La firma también había sido pionera en la falta de un código de vestimenta formal, algo inaudito en el mundo de los selectos bufetes de lujo. Esta innovación era la culpable de la desastrosa forma de vestir de Calamari.

—No ha dicho que no —anunció Piazza—. Pero le preocupan un par de cosas.

Tyler miró a su hermano. La petición que habían presentado había sido en su origen idea de Cameron. Habían pasado tanto tiempo yendo y viniendo a través de sus abogados —Piazza siempre en medio, una esfinge plateada continuamente en busca de un término medio— que Cameron se había preguntado si no habría algún modo más sencillo de solucionar todo aquel teatro. Demonios, eran tres personas que se habían conocido no hacía mucho en un comedor universitario. Quizá podrían volver a sentarse, sólo ellos tres, sin abogados, y hablar del tema.

—¿Qué es lo que le preocupa? —preguntó Cameron. Piazza hizo una pausa.

—La cuestión de la seguridad.

Tyler tardó un momento en darse cuenta de lo que el mediador quería decir.

Su hermano se puso en pie.

—¿Cree que vamos a ir a por él? —barruntó Cameron—. ¿En serio?

Tyler sintió cómo se ponía rojo.

—Está de coña, ¿no?

Su abogado se adelantó, aplacando.

—Lo importante es que, aparte del tema de la seguridad, mantiene una actitud positiva al respecto.

—En serio, déjame entenderlo —pidió Tyler—. ¿Cree que vamos a darle una paliza? ¿Durante la mediación? ¿En las oficinas corporativas de un mediador?

La expresión de Piazza permaneció inmutable, pero su voz descendió una octava, tan relajante que podría hacerte dormir.

—Intentemos mantener la concentración. Está de acuerdo con la reunión, en teoría. Sólo hay que concretar los detalles.

—¿Quieres esposarnos al dispensador de agua? —ironizó Cameron—. ¿Eso hará que se sienta más cómodo?

—No será necesario. Hay una sala de conferencias con paredes acristaladas al final del pasillo. Podemos celebrar la reunión allí. Sólo uno de vosotros participará en el cara a cara. El resto nos quedaremos fuera y observaremos.

Era totalmente absurdo. Tyler pensaba que les estaban tratando como si fueran animales salvajes. *La cuestión de la seguridad*. Estaba seguro de que dichas palabras procedían de él. Sonaban exactamente como algo que solamente él diría, o incluso pensaría. Tal vez se trataba de una especie de estrategia; la idea de que estaría físicamente más segu-

ro frente a sólo uno de ellos era casi tan absurda como la de que le dieran una paliza, pero quizá creía que hablar con únicamente uno de ellos le concedería cierta ventaja intelectual. Los gemelos pensaban que les había juzgado desde el principio por su aspecto. Para él, no habían sido más que los chicos *cool* del campus. Deportistas tontos que ni siquiera sabían codificar, y que necesitaban contratar a un friki para que les creara su página web, un sitio web que sólo él, el niño prodigio, podría, o, mejor dicho, debería, haber inventado. *Porque si ellos fueran los inventores, lo habrían inventado*. Por supuesto, siguiendo esta lógica, querrían noquearlo si pudieran pillarlo a solas en una habitación.

Tyler cerró los ojos, se tomó un momento. Luego se encogió de hombros.

—Entrará Cameron.

Su hermano siempre había sido de trato más fácil que él, menos macho alfa, un poco más dispuesto a ceder cuando ésa era la única opción disponible. Sin duda aquélla sería una de esas situaciones.

—Como un tigre en una jaula —dijo Cameron mientras seguían a Piazza y a su abogado hasta el pasillo—. Ten a mano la pistola tranquilizante. Si ves que me dirijo directo a su garganta, hazme un favor y apunta a la chaqueta. Es de mi hermano.

Ni el abogado ni el mediador esbozaron la mínima sonrisa.

La entrada cuarenta minutos después en la sala acristalada fue uno de los momentos más surrealistas en la vida de Cameron Winklevoss.

Mark Zuckerberg ya estaba sentado a la mesa larga y rectangular situada en el centro. A Cameron le pareció que

su metro setenta de estatura estaba asentado sobre un grueso cojín extra colocado en su silla, el elevador del asiento de un multimillonario. Cameron se sintió vagamente cohibido mientras cerraba tras de sí la puerta de cristal; podía ver cómo Tyler y su abogado tomaban asiento justo detrás de él, al otro lado del cristal. Más abajo, en el pasillo, reparó en Piazza, y luego en los abogados de Zuckerberg, un ejército de hombres trajeados. Reconoció a la mayoría; era imposible olvidar a Neel Chatterjee, de la firma Orrick Herrington & Sutcliffe LLP, un hombre tan protector con su preciado cliente (y con lo que los gemelos podrían decir sobre él) que, cuando éstos fueron invitados a participar en una charla informal en una conferencia vía internet en 2008, Chatterjee apareció entre el público, presumiblemente para estar al tanto de lo que dijeran. Chatterjee y el resto de los letrados llevaban cuadernos amarillos, aunque Cameron no tenía idea de lo que iban a escribir en ellos. Por lo que sabía, la sala de conferencias de cristal estaba insonorizada, y, según tenía entendido, ninguno de ellos sabía leer los labios. La conversación sería entre él y Zuckerberg: sin mediador, sin abogados, sin nadie escuchando, sin nadie que se interpusiera en su camino.

Zuckerberg no levantó la vista cuando Cameron se acercó al otro extremo de la mesa de conferencias. El extraño escalofrío que recorrió su columna vertebral no tuvo nada que ver con el exceso de celo en el aire acondicionado. Era la primera vez que él y su excompañero de clase de Harvard se veían las caras en cuatro años.

Cameron había conocido a Zuckerberg en el comedor de Kirkland en octubre de 2003, cuando él, Tyler y su amigo Divya Narendra se sentaron junto a él para hablar sobre la red social que habían estado construyendo a lo largo del año anterior. Durante los tres meses siguientes, los cuatro se reunieron varias veces en el dormitorio de Zucker-

berg e intercambiaron más de cincuenta correos electrónicos sobre el sitio web. Sin embargo, sin que los gemelos y Narendra lo supieran en ese momento, Zuckerberg había empezado a trabajar en secreto en otra red social. De hecho, registró el nombre de dominio thefacebook.com el 11 de enero de 2004, cuatro días antes de su tercera reunión, el 15 de enero de 2004.

Tres semanas más tarde, el 4 de febrero de 2004, lanzó thefacebook.com. Cameron, Tyler y Divya se enteraron sólo poco después, mientras leían el periódico del campus, el *Harvard Crimson*. Cameron no tardó en enfrentarse a Zuckerberg por correo electrónico. Zuckerberg respondió: «Si os queréis reunir para hablar sobre el tema, estoy dispuesto a hacerlo con vosotros a solas. Ya me diréis...». Pero Cameron pasó del tema ya que sentía que la confianza había sufrido daños irreparables. ¿De qué serviría razonar con alguien que era capaz de actuar de la manera en que él lo había hecho? Lo único que Cameron creyó que podían hacer en ese momento era confiar en el sistema —primero, pidiendo a la administración de Harvard y a su presidente, Larry Summers, que intervinieran y aplicaran los códigos de honor relativos a las interacciones estudiantiles claramente delineados en el manual del estudiante, y luego, cuando eso fracasó, recurriendo a regañadientes a los tribunales— y aquí estaban ahora, cuatro largos años después...

Cameron llegó al final de la mesa y dejó caer todo su gigantesco cuerpo sobre una de las sillas antes de por fin levantar la vista, con una mínima incómoda sonrisa asomando en los labios. Era increíblemente difícil leer a alguien que carecía de expresiones faciales discernibles, pero Cameron creyó detectar un indicio de nerviosismo en la forma en que Zuckerberg se balanceaba hacia delante, con las piernas cruzadas debajo de la mesa a la altura

de los tobillos, un mero atisbo de emoción humana. Curiosamente, no llevaba puesta la sudadera gris de su firma; puede que por fin se lo estuviese tomando en serio. Zuckerberg hizo una señal con la cabeza y murmuró algún tipo de saludo.

Durante los diez minutos siguientes, Cameron fue el que más habló. Comenzó haciendo una ofrenda de paz. Felicitó a Mark por todo lo que había logrado en los últimos años desde Harvard. Cómo había convertido thefacebook.com —una red social universitaria que había comenzado como un pequeño y exclusivo sitio web que conectaba a los jóvenes de Harvard entre sí— en Facebook, un fenómeno mundial que había pasado de universidad en universidad, y luego de país en país; que había atraído primero a millones de usuarios, luego a miles de millones, y que al final había arrastrado a más de una quinta parte de los habitantes del planeta Tierra, que ahora compartían de buena gana y de forma regular sus personalidades, imágenes, gustos, amores y vidas en una red que no mostraba signos de desaceleración.

Cameron se abstuvo de decir lo obvio: él, Tyler y Divya creían, profunda y firmemente, que Facebook había surgido de su idea, un sitio web llamado en un primer momento Harvard Connection, que más tarde pasó a ser rebautizado con el nombre de ConnectU, que era una red social propia cuyo objetivo era ayudar a los estudiantes universitarios a ponerse en contacto entre sí online. A Cameron, Tyler y Divya se les había ocurrido crear la Harvard Connection ante la frustración experimentada por lo limitada que se había vuelto su experiencia en el campus. El primer año de universidad era un gran crisol de culturas. ¡Qué narices! Divya había conocido a Cameron por casualidad en el Harvard Yard durante la semana de orientación y lo había invitado a su dormitorio a tocar la guitarra eléctrica.

Fueron amigos desde aquel día. Con el tiempo, sin embargo, estas colisiones sociales fortuitas parecían desvanecerse en el campus a medida que todos estaban cada vez más ocupados. Era difícil ampliar tu grupo de amigos más allá de tu dormitorio, tu deporte o tu especialización. Los gemelos y Divya se lamentaron de esto y se dispusieron a arreglarlo. El Harvard Connection —ConnectU—, un campus virtual, reestructuraría la vida del campus online sin ninguna de las barreras físicas y burbujas sociales rígidas e impermeables que existían en el mundo offline. El primer año podría volver a empezar, pero esta vez todo el mundo sería mucho más sabio: la juventud no se desperdiciaría en los jóvenes.

En la primavera de 2003, la base de código estaba casi terminada; sin embargo, su programador original, Sanjay Mavinkurve, se graduaba y se dirigía a Mountain View, California, para trabajar en Google. Esto forzó a los gemelos y a Divya a encontrar a otra persona que les ayudara a completarla. Victor Gao trabajó en la misma durante el verano, pero la tesis de licenciatura era demasiado exigente para poder continuar una vez comenzara el año escolar, así que les presentó a un estudiante de segundo año de informática que parecía tener interés en proyectos empresariales.

A esas alturas, el Harvard Connection, la base de código de ConnectU, se había construido para organizar a los usuarios de acuerdo con el nombre de dominio de su dirección de correo electrónico. Así, por ejemplo, si un usuario se registraba con una dirección de correo electrónico Harvard.edu, sería organizado y colocado de manera automática en la red de Harvard. Esto pondría orden en el caos de agrupar a todo el mundo en una gran red. Al igual que una matrioska rusa, ConnectU sería una red de redes más pequeñas, que a su vez serían redes

de redes más pequeñas y así sucesivamente hasta llegar al usuario individual.

Divya y los gemelos habían diseñado de este modo ConnectU sobre la base de su epifanía de que la dirección de correo electrónico de una persona no sólo era una buena manera de autentificar su identidad, sino también un buen indicador de su red social en la vida real: tu dirección de correo electrónico era tu pasaporte virtual. El registrador de Harvard sólo expedía direcciones de correo electrónico @harvard.edu a los estudiantes de Harvard. Goldman Sachs sólo emitía direcciones de correo electrónico @goldmansachs.com a los empleados de Goldman Sachs. Lo más probable es que, si tenías una de estas direcciones de correo electrónico, estuvieras de alguna forma o formarías parte de esas redes en la vida real. Este marco aseguraría a la red ConnectU una integridad de la que carecían otras redes sociales como Friendster y Myspace. Organizaría a los usuarios de forma tal que les permitiera encontrarse con mayor facilidad y ponerse en contacto de una manera más significativa. De hecho, se trataba de la misma estructura que pronto lanzaría la carrera del informático de segundo año al que contrataron, y que alcanzaría fama mundial y dominaría internet.

En opinión de los gemelos, las únicas redes con las que Mark Zuckerberg estaba familiarizado eran las informáticas. A partir de la propia interacción social de los hermanos Winklevoss con él, quedó claro que Mark se sentía mucho más cómodo hablando con las máquinas que con las personas. Visto de esta manera, en realidad tenía mucho más sentido que la mayor red social del mundo fuera de hecho fruto de una improbable unión entre los gemelos y Zuckerberg, en lugar de la creación sólo de Zuckerberg. La idea del genio solitario que inventa algo brillante él solito es cosa de películas, un mito de Hollywood. En

realidad, las mayores empresas del mundo fueron iniciadas por dinámicos dúos: Jobs y Wozniak, Brin y Page, Gates y Allen, y la lista sigue. Según Cameron, debería haber incluido a Zuckerberg y Winklevoss. O Winklevoss y Zuckerberg.

Sentado a la mesa de conferencias, Cameron tuvo que reconocer que lo que Zuckerberg había logrado era realmente impresionante: lo que sea que les hubiera arrebatado lo había convertido en una verdadera revolución. De alguna manera, ese diminuto y pálido chaval con un peinado que parecía obra de alguna de las peluquerías de la franquicia Supercuts había cambiado el mundo. Así que se aseguró de decírselo. Habló de cómo lo que Zuckerberg había creado era increíble, el tipo de innovación que sucedía quizá una vez en cada generación.

Cuando Cameron hizo una pausa, Zuckerberg añadió sus propias felicitaciones. Parecía de verdad impresionado de que Cameron y Tyler se hubieran convertido en campeones nacionales de remo en Harvard y estuvieran ahora en condiciones de formar parte del equipo olímpico de Estados Unidos y competir por el oro en los Juegos Olímpicos de Pekín a finales de ese verano. A Cameron le recordó de manera peculiar al tímido chico que habían conocido en el comedor de Harvard, un fanático de la informática sin don de gentes entusiasmado por entrar en la órbita de los gemelos, aunque fuera por un momento.

Cameron hizo todo lo posible para ahuyentar los malos pensamientos mientras aceptaba los cumplidos: trató de no recordar cómo se había sentido al leer por primera vez un artículo sobre el sitio web de Zuckerberg en el *Harvard Crimson*. En un momento dado, la descripción del trabajo de Zuckerberg publicada en thefacebook.com fue «Fundador, amo y señor [y] enemigo del Estado». «¿Qué tal, ladrón?», pensó Cameron.

Pero ir por ese camino no les haría ningún bien.
Nada de eso importaba ahora.

Echó un vistazo a su hermano y a los hombres sentados fuera de la pecera de vidrio —todos esos abogados inclinados con furia sobre sus libretas—, y mantuvo sus emociones bajo control.

—Mark, vamos a enterrar el hacha de guerra. Lo pasado, pasado está. Nosotros no estamos diciendo que creamos Facebook.

—Al menos estamos de acuerdo en algo.

¿Un toque de humor? Cameron no estaba del todo seguro, pero persistió de todas formas.

—No estamos diciendo que merezcamos el cien por cien, lo que afirmamos es que merecemos más del cero por ciento.

Zuckerberg asintió con la cabeza.

—¿De verdad puedes decir que estarías sentado donde estás si no nos hubiéramos acercado a ti?

—Estoy aquí sentado hoy porque me habéis demandado.

—Ya sabes a qué me refiero.

—Sé lo que crees que quieres decir.

—Nos acercamos a ti con nuestra idea. Te dimos acceso ilimitado a toda nuestra base de códigos. Vi cómo se encendía una bombilla dentro de tu cabeza.

—Friendster y Myspace existían antes de Facebook, y, la última vez que lo comprobé, Tom de Myspace no me había demandado.

Agotador, exasperante. Cameron apretó sus callosos dedos contra la mesa de la sala de juntas situada entre ellos. Se imaginó un remo siendo arrastrado por el agua, golpe tras golpe tras golpe.

—Esto podría durar para siempre, y no nos hace ningún bien a ninguno de los tres. Yo soy una persona, tú eres

una persona. Tienes una empresa que dirigir, y nosotros un equipo olímpico en el que participar.

—De nuevo, algo en lo que estamos de acuerdo.

—La vida es demasiado corta para seguir yendo de acá para allá de este modo.

Zuckerberg hizo una pausa, y luego señaló a los abogados a través del cristal que había detrás de ellos.

—Podrían no estar de acuerdo.

—Encontremos algún punto en común, démonos la mano y sigamos con las grandes cosas que nos depara la vida.

Zuckerberg lo miró fijamente durante un rato. Pareció estar a punto de añadir algo, pero en vez de eso se limitó a parpadear e intentó esbozar de nuevo la más breve de las sonrisas.

Entonces, de una manera que sólo podía calificarse de robótica, Zuckerberg cruzó la mesa y ofreció lo que parecía ser una tentativa de apretón de manos.

Cameron sintió cómo se le erizaba el vello de la nuca. ¿Esto era real? ¿Estaba pasando de verdad? La conversación no parecía estar llegando a ninguna parte y, sin embargo, pudo ver de reojo a los abogados de Zuckerberg poniéndose de pie detrás del vidrio.

Cameron extendió la mano y estrechó la de Mark Zuckerberg.

Y sin decir nada más, el consejero delegado de Facebook se bajó de la silla y se dirigió a la puerta. Cameron no tenía ni la menor idea de lo que estaba pasando por su inescrutable cabeza. Tal vez había conseguido llegar a él de alguna manera, y había decidido dar por fin a los gemelos Winklevoss lo que ellos creían merecer.

O tal vez Zuckerberg se retiraría a la sala de conferencias donde él y los abogados de Facebook habían acampado durante la mediación con otra idea.

—¿Cómo ha ido? —preguntaría Neel Chatterjee, abogado de Zuckerberg.

—Bien.

—Bien, ¿cómo?

—Como si fuera a follármelos vivos...